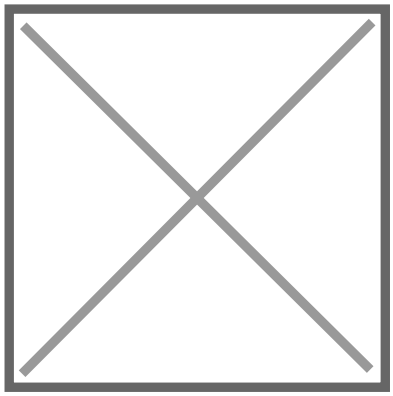

Nicomedes Guzmán: Retrato de un Desconocido

Por Luis Sánchez Latorre

Hay tres hombres que me consideran —o me consideraban— sobregirado en mis epítetos laudatorios de Nicomedes Guzmán. Tales críticos de más demasías son, en orden alfabético, Edmundo Concha, Ariel Dorfmann y Nicanor Parra. Nicomedes Guzmán, novelista y poeta, nació en el invierno de 1914, en Santiago, el 25 de junio. Murió en Santiago en el invierno de 1964, la madrugada del 26 de junio. Nicomedes Guzmán se llamaba civilmente Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán. A poco de incorporarse a la literatura, adoptó el "nombre de guerra" de Nicomedes Guzmán.

Miembro de una vasta familia de extracción modesta, realizó difíciles pruebas para procurarse, por su cuenta y riesgo, un aparato de cultura más o menos visible. Trabajos de hombre en la adolescencia; estudios interrumpidos en liceos nocturnos. Cuando ya la madurez del novelista, a propósito de la publicación del tomo de relatos *La Carne Iluminada* (1943). Alone reparaba en las exageraciones a que conducía el amor desproporcionado por la metáfora, poniendo el dedo en la llaga de cierta cláusula que hablaba de la "llama insulita de la vela" (esto es, en buen romance, la llama nunca oída de la vela), no hacía sino distinguir el complejo universo en que debe desenvolverse el escritor autodidacto.

El maestro moral de Guzmán, a larga distancia, fue Máximo Gorki. Los maestros directos: todos los grandes narradores de Chile. Los que lo habían precedido y los que en su intuición, siempre abierta y exquisitamente cordial o desprovista de envidia, habían de continuarlo.

En literatura, no discriminaba entre la izquierda y la derecha. Era capaz de pelearse en la defensa de Rafael Maluenda o de Raúl Silva Castro. Carecía del defecto capital del sectarismo. Se le ha discriminado —¡a él—! a menudo, situándolo en la izquierda intransigente. Desde el punto de vista de la humanidad de que daba muestras, reconociendo, alentando, difundiendo la obra de otros como si fuera la propia, no halló par en su especie.

En dicho sentido, en verdad, su reino no era de este mundo. Queriendo parecerse a la mayoría, no se parecía a nadie.

A veces, Edmundo Concha, que conoció en su juventud a Guzmán y que desde entonces mantuvo con él una amistad de tiempo variable, salpicada de altibajos de índole doctrinaria, me atribuye rasgos del escritor desaparecido. La manga ancha, por ejemplo. El deseo de levantar piedras para descubrir gonzos.

¡Cuánto honor me hace mi amigo! Echo infinitamente de menos a Guzmán. Nos unía. Admiraba a Pedro Prado y a Sepúlveda Leyton; a Diego Dubló Urrutia y a Victorino Vicario. Sus lecturas principales tenían que ver con el momento de reinvención del nacionalismo que vivió Chile hacia 1940. Se redescubría a Federico Gana, a Carlos Pezoa Véliz, a Baldomero Lillo. Antonio Acevedo Hernández encarnaba al escritor nacido de las entrañas del pueblo: andariego, trashumante, rico en experiencia de la vida, pobre en erudiciones clásicas.

Por su filiación social, Nicomedes Guzmán sólo tuvo el contacto de los colegios fiscales, y debido al temprano acceso a la existencia madura —trabajo y severas exigencias de hogar— se iba a encontrar privado, en sus estudios, de toda metodología superior.

En 1939 publicó su novela *Los Hombres Oscuros*. En esta obra el narrador nato maneja un tema en que han incursionado escritores ya expertos como Joaquín Edwards Bello (*El Roto*), González Vera (*Vidas Mínimas*), Manuel Rojas (*El Delincuente*) y Alberto Romero (*La Viuda del Conventillo*). ¿Por qué Guzmán se emparejaba en melodrama de Dumas, *La Dama de las Camelias*. Pero como el motivo que mueve a Guzmán no es el pastiche erudito (ni siquiera ha oído hablar del *Bouvard y Pécuchet*, de Flaubert), sino un melodrama auténtico, el que se ofrece todos los días en el suburbio humilde de la ciudad, lo legítimo de la instancia afiora en estilo impresionante.

Si a Nicomedes Guzmán le hubiese dicho Jacobo Danke (Juan Cabrera Pajaritos), a la sazón su consejero espiritual y maestro, que estaba escribiendo de nuevo *La Dama de las Camelias*, de seguro habría acabado por destruir esas páginas como poco antes había hecho con otras que su guía había considerado ripiosas. ¡Bendita ignorancia! *Los Hombres Oscuros*, novela de ingenua intriga, es una pintura patética de la sentimentalidad suburbana en un ámbito en que asoman los más descarnados y penetrantes perfiles humanos.

Conocí personalmente a Guzmán con motivo de la lectura de este libro en 1940. Guzmán tenía una fisonomía de adolescente disfrazado de hombre adulto. El hallazgo de *Los Hombres Oscuros* me había estremecido hasta las vísceras. Yo creía, de veras, que con los asuntos de Chile era inútil hacer literatura. Todavía existen muchísimas personas que piensan lo mismo. Guzmán me pareció un arlitrite desposeído del arte de la diplomacia o la lisonja. Directo, de apariencia malhumorada, hablaba a golpes de hacha con el hacha de filo agudo de su voz de muchacho. Le preocupaba sobremanera todo lo vinculado a la literatura: la Sociedad de Escritores, de la que fue director; los grupos culturales de las provincias; los autores ignorados en los más distintos y remotos lugares de Chile.

Iba y venía, dando enormes zancadas, con una pipa entre los dientes. A través de su amistad, al comienzo muy polémica y ardorosa, empecé a presenciar, acaso a destiempo, las grandezas y miserias de la literatura.

Sin pretenderlo ni proponérselo, Nicomedes Guzmán se convertía en el jefe espiritual de la Generación de 1938, a la que yo, por razones de edad, no podía sumarme.

Disidente pecoz de las enseñanzas de Guzmán, pero sin dejar de cultivar su compañía y su amistad, o más bien disputándome a cada instante con él, yo me había refugiado en una pequeña capilla de "anarcos" (así escribe Jünger) que enseñaba cirios a la memoria de Dostoievski, Gerardo de Nerval, Baudelaire, Poe y Lautréamont. Como Marcel Schwob primero y más tarde Roston, salíamos por las calles de pavimento de huevillo en busca de la pobre Monelle, de Nadja la misteriosa.

Ante Guzmán me proclamé "normando" y adversario de cualquier neorrioplatensismo.

¡Qué desapoderado amor por las esencias telúricas caracterizaba a Guzmán! Lo heri de frente con mi simulado exotismo "normando".

En 1943 publicó su novela *La Sangre y la Esperanza*.

El barrio de la infancia —el sector llamado ultra Mapocho— servía de marco a una extensa y pormenorizada evocación de las vicisitudes sociales, políticas y humanas de los años 20. Traspuesta por el lenguaje generacional (la realidad convertida en metáfora viviente), la novela, con retazos de ecos panfletarios, lograba reconstituir lúcidamente, cálidamente, estremecedoramente, el tiempo de la niñez del narrador. En *La Catedral y el Niño*, Eduardo Blanco-Amor conguaso, en lengua magistral, un proceso semejante.

Las imágenes y metáforas que forman y deforman el estilo de Guzmán representan hasta hoy un motivo de discusión entre críticos. ¿Menoscaban o enriquecen tales vuelos de la imaginación los alcances de la narrativa de

Nicomedes Guzmán: retrato de un desconocido [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes Guzmán: retrato de un desconocido [artículo] Luis Sánchez Latorre.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile